

so debemos atenernos á ésta, al menos hasta nueva orden? Porque, en fin, San Lucas bien vale lo que el colega de M. Renan, M. Littré; San Mateo y San Marcos nos ofrecen tanta garantía como M. Scherer y M. Havet; y en cuanto á San Juan, aunque no renegó de Dios, aunque encaneció en la caridad y lo destruyó el martirio, puede bien aceptarse por M. Renan. ¡Qué será, pues, si llegamos á agregar á éstos San Pedro, San Pablo, Santiago, San Júdas, San Estéban, y todos los apóstoles y todos los discípulos, y todos los confesores y todos los mártires, cuyas epístolas, cuyos hechos, cuya vida y muerte son otros tantos testimonios de los milagros, son otros tantos milagros! ¡Y los pueblos y las ciudades y el mundo convertidos, y que volvieron del culto de Serapis y de Vénus al de la Cruz! ¡Y el universo romano convertido en el universo cristiano á fuerza de milagros, ó lo que sería aun mas milagroso, sin milagros! ¡Y la Iglesia, en fin, saliendo de este milagro de milagros y perpetuándolo desde hace diez y ocho siglos con el prodigio de la mayor debilidad que gasta todas las fuerzas de la tierra y del infierno, haciendo brillar con esto las del cielo! ¡Qué masa de milagros y de testimonios del milagro! ¡En qué viene á parar al lado de esto el proyecto de comision de M. Renan! Para semejantes esperimientos, no hubiera sido suficiente una sala del Instituto: ha sido necesaria la tierra, han sido necesarios los cielos.

## IV.

Así es que no puede resistir M. Renan, y abrumado, perseguido por la evidencia, va á refugiarse á un expediente que jamás se adivinaria, cuya salida viene á abrirle caritativamente M. Scherer compadecido de su embarazo.

M. Renan, que tanto nos ha opuesto la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, la ciencia espiritual de la naturaleza, escluyendo hasta la posibilidad del milagro, viene á hacer plegarse este régimen y esta experiencia hasta dar en sí cabida al milagro, como un acto puramente natural.

Ya hemos visto, en efecto, que despues de haber pretendido que la predicción de la ruina del templo por Jesucristo es tan milagrosa por su precisión ó exactitud, que era absolutamente necesario que se hubiese hecho despues del acontecimiento, no pudiendo sostener esta última asercion en vista de la fecha de los tres Evangelios que refieren esta profecía, no ve en ella mas

que un acto de pura perspicacia. Mas aún, M. Renan explica naturalmente las prodigiosas profecias del Antiguo Testamento, que nos hacen ver claramente, con anticipación de dos, cinco, ocho y aun veinte siglos los acontecimientos mas inimaginables, "gracias á una especie de sentido profético que hace instantáneamente al semita maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir." Generalizando M. Scherer este expediente, invita á M. Renan á no apurarse tanto con los milagros y á librarse de ellos por medio de la presuncion de que, hasta prueba en contrario, debe *tenerse por natural* la causa de todo fenómeno que se dice milagroso, sin exceptuar la resurrección de un muerto.

Así pues, estos señores oponen osadamente al hecho del milagro, mientras creen poder negarlo, la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza. Pero llega á probarse el milagro, y entonces se fibran ó evaden de su carácter sobrenatural con la flexibilidad de este mismo régimen que se abre, por decirlo así, como una válvula por donde desaparece el mayor milagro. Así pues les obedece la naturaleza como á verdaderos mágicos, llegando á ser exclusiva ó capaz de los mayores milagros, á proporción del interés que tienen en ello.

No obstante, M. Renan comprende que este puede ser un recurso para los casos extremos, pero que no puede abusarse de él, y que es preciso saber abordar atrevidamente el milagro, al menos por una vez, y medir sus fuerzas con él en su propio terreno, cual es la autenticidad del Evangelio.

Esto es lo que trata de hacer explicando la resurrección de Lázaro, con grande espanto de M. Havet y de M. Scherer, que se contristan al verle esponerse á ello. "Este pasaje del volúmen de M. Renan, dice M. Scherer, vá á ser, segun puede preverse, el punto de mira de las declamaciones. No dejarán de triunfar los enemigos del autor, de un procedimiento que les parecerá atacar la santidad de la historia sagrada."

¿Cómo es, que M. Scherer, que juzga este procedimiento como nosotros, que preve que lo juzgaremos como él, y que no es seguramente *enemigo del autor*, imputa á enemistad personal este mismo juicio por parte nuestra; y cómo es que llama *declamacion* en nosotros, lo que en él es *convicción*? ¿Cómo si nos fuese menos querida que á él la *santidad de la historia sagrada*, y fuéramos solamente sensibles, por odio preconcebido contra

M. Renan, al honor de JESUCRISTO! En cuanto á triunfar de la incredulidad, nos hallamos sobrado habituados á ello, para abusar en esta circunstancia de nuestro triunfo. Seremos generosos, limitándonos á citar sus pasajes, si bien acompañándolos con algunas notas. Su enemigo en este caso lo es el mismo, y creemos que no podría tenerlo mas encarnizado. Pero séanos permitido antes hacer la sencilla observacion, de que M. Renan con la esplicacion de un milagro del Evangelio, como modelo de todos los demás, suministra una clase de prueba que deseábamos hace largo tiempo, á saber: la de mostrar con el exámen inverso de la verdad, de los hechos evangélicos, que es tal esta verdad, que no deja á quien rehuse admitirla otro partido que las increíbles puerilidades y los miserables vilipendios que vamos á ver.

“Jesus volvió á su morada querida de Bethania, donde aconteció un hecho *singular* que parece haber tenido consecuencias decisivas sobre el fin de su vida. Cansados de la mala acogida que tenia en la capital el reino de Dios, *deseaban* los amigos de Jesus *un gran milagro que causara vivamente impresion á la incredulidad hierosolimita*.<sup>1</sup> Debíó parecer lo mas conveniente para ello la resurreccion de un hombre conocido en Jerusalén. Aquí debemos recordar que la *condicion esencial de la verdadera critica* es comprender la diversidad de tiempos, y *despojarse de las repugnancias instintivas que son fruto de una educacion puramente racional*.<sup>2</sup> Es preciso *recordar* tambien, que en aquella ciudad impura de Jerusalén no era ya Jesus el mismo, habiendo perdido algo de su limpidez primordial su conciencia, por culpa de los hombres y no por la suya. Apurado y hostigado de continuo, no obraba ya por sí mismo: imponíasele sumision y él obedecía al torrente. Y como acontece siempre en las grandes carreras divinas, *toleeraba ó se veia impulsado á hacer los milagros que exigia de él la opinion, mas bien que los operaba espontáneamente*.<sup>3</sup> Es

1 De dónde há sacado esto nuestro crítico? ¡Hay nada en el Evangelio que tenga relacion con ello próxima ni remotamente, aun *solicitando* ó acariciando los textos *suave* ó *violentamente*!

2 ¡Cándida confesion! La condicion esencial de la verdadera critica es desprenderse de las repugnancias instintivas del sentido comun; precaucion reclamada por lo que va á seguir.

3 Todas estas cautelosas insinuaciones son seguramente mas irritantes que el fin á que van á parar, á saber: que JESUS era un impostor. Pero se aplaca todo sentimiento de indignacion ante la reflexion de que el Jesus de que aquí se trata, no es el del Evangelio, sino el de M. Renan.

“imposible decidir á la distancia en que nos hallamos, y en vista de un solo testo que ofrece señales evidentes de artificios, de confabulacion<sup>1</sup> si es todo ficcion en el caso presente, ó sirvió un hecho acontecido en Bethania de base á los rumores que se divulgaron. Es preciso reconocer, no obstante, que el giro del relato de Juan, tiene algo profundamente diferente de los relatos de milagros, fruto de la imaginacion popular de que estaban llenos los sinópticos. Añádase á esto que Juan es el único evangelista que tenga conocimiento exacto de las relaciones de Jesus con la familia de Bethania, y que no es comprensible que se hubiera introducido una invencion popular en un cuadro de recuerdos tan personales. Es, pues, verosímil que el prodigio de que se trata, no fue uno de esos milagros completamente legendarios y de que nadie fuera responsable. *En otros términos*, creemos que pasó en Bethania algo que se consideró como una resurreccion.<sup>2</sup>

“La fama atribuída ya á Jesus dos ó tres hechos de esta clase.<sup>3</sup> La familia de Bethania pudo ser inducida casi sin advertirlo á prestarse al acto importante que se deseaba. Adoraba á Jesus. Parece que se hallaba enfermo Lázaro y que Jesus dejó la Perea á causa de un mensaje que le enviaron las dos hermanas alarmadas. El gozo de su llegada pudo hacer volver á Lázaro á la vida. Tal vez tambien el vivo deseo de acallar á los que negaban, ultrajando, la mision divina de su amigo, impulsó á estas personas apasionadas á traspasar toda clase de limites. Tal vez, Lázaro, pálido aún, á causa de su

el cual solo puede ser capaz de impostura. Sobre esto basta *recordar*, como él dice, lo que precede en la *Vida de Jesus*. En cuanto al del Evangelio, si se le quiere hallar, no hay mas que considerarlo á la inversa de aquel. Si hay algo que admire en efecto en el milagro de la resurreccion de Lázaro, es la tranquila, serena, conmovedora y divina iniciativa de la bondad de JESUS en el desconcierto y abatimiento de cuanto le rodeaba. Este es quizá el único milagro que no se le demandó, lejos de habérsele impuesto; el milagro mas personal, y si es permitido hablar así, el milagro de la amistad. ¡Oh! ¡cuán desdichada es una alma que distraza así en innoble lo divino!

1 M. Renan ve por todas partes artificios, amaños y confabulaciones, como hombre práctico en ellos: así como un hombre de buena suerte ve por do quiera virtudes frágiles.

2 *En otros términos*, yo hubiera querido poder negar el milagro, pero me es forzoso confesarlo, y no me queda más recurso que explicarlo á mi manera.

3 Aquí, la fama es el Evangelio, tan digno de fe en San Mateo, en San Marcos, en San Lucas como en San Juan.

“enfermedad, se hiciera ligar con fajas como un muerto, y encerrar en su sepulcro de familia. Marta y María saldrían a esperar á Jesus, y sin dejarle entrar en Bethania, le conducirían á la gruta. La emoción que experimentó Jesus al ver el sepulcro de su amigo á quien creía muerto, pudo tomarse por los asistentes por esa turbación, ese estremecimiento que acompañaba á los milagros; y queriendo la opinion popular que fuera la virtud divina en el hombre, como un principio epiléptico y convulsivo, deseó Jesus (siguiendo la hipótesis arriba enunciada), ver otra vez al que habia amado, y habiéndose quitado la piedra, salió Lázaro envuelto en las fajas y rodeada la cabeza de un sudario.<sup>1</sup> Esta aparición debió naturalmente considerarse por todo el mundo como una resurrección.<sup>2</sup> La fé no conoce otra ley que el interés de lo que cree verdadero. Siendo para ella absolutamente santo el objeto que sigue, no tiene escrúpulo alguno en invocar á favor de su tesis, malos argumentos cuando no producen efecto los buenos. ¡Si esta prueba no es sólida lo son tantas otras...! ¡Si no es real tal prodigio, lo han sido tantos otros...! Persuadidos de buena fe Lázaro y sus hermanas de que Jesus era taumaturgo, pudieron auxiliarle en la ejecución de uno de estos milagros;<sup>3</sup> á la manera que han tratado de triunfar de la obstinación de los hombres por medios cuya insuficiencia conocían, tantos hombres piadosos, convencidos de la verdad de su religion...<sup>4</sup> En cuanto á Jesus, no era dueño, como no lo fue San Bernardo, ni San Francisco de Asís, de moderar la ansiedad de la multitud y de sus propios discípulos, por lo maravilloso. Por otra parte, dentro de breves dias iba á volverle la muerte su libertad divina, arrancándole de las fatales necesidades en que le ponía un papel que cada dia era mas comprometido y mas difícil de sostener.”<sup>5</sup>

1 M. Renan se olvida de decir que Lázaro llevó la burla hasta permanecer cuatro dias en el sepulcro, y oler mal. *Jam factet, quatruiduanus est enim.*

2 ¡Es naturalmente tan necio todo el mundo, escepto los químicos, los físicos, los fisiologistas y los críticos...! ¡y Lázaro que por sí solo tenia mas inteligencia que todo el mundo!

3 ¡Admírese el raciocinio! Siendo Jesus para ellos un verdadero taumaturgo, debió ser auxiliado para hacer el milagro, porque el pudieron auxiliarle supone que debieron auxiliarle.

4 Véase por esto que M. Renan es maestro en el arte de enseñar el fraude piadoso y de escusarlo.

5 *Vida de Jesus*, p. 359-363.

Así, pues, lectores cuya fe en el Evangelio es aún vacilante, ahora teneis ocasión de pronunciaros. Para que no se haya verificado el milagro de la resurrección de Lázaro, (y por este milagro podeis apreciar todos los demás milagros evangélicos), es preciso admitir que acontecieron las cosas como acabais de ver. Leed esa página del Evangelio; á ello os convido y debeis hacerlo; volved á leer despues la de M. Renan y elegid. Sin duda fué despues de haber leído una de estas páginas de M. Renan, cuando debió exclamar M. Delecluze, en su buen sentido práctico: “Lo contrario debe ser lo cierto.”

Despues de haber dicho M. Renan, al principio de su explicación, que habia perdido algo de su limpidez la conciencia de Jesus, para prepararnos á verle cómplice de impostura, le hace representar sin embargo, un papel inconsciente. Pero al decir al fin para escusarle, que no era dueño de moderar la ansiedad de la multitud por lo maravilloso, le acusa manifiestamente de haberse prestado á ella.

Aquí se alza el escollo en que debia venir á estrellarse el autor de la *Vida de Jesus*: la imputación de impostura á Jesus. ¡De qué precauciones, de qué insinuaciones, de qué evasivas no ha tenido que valerse para amortiguar el choque! Pero esto solo le sirve para aparecer mas culpable, haciendo ver que conoce perfectamente su mal proceder, sin tener la franqueza de confesarlo, practicando él mismo el fraude que atribuye á su héroe; y mas aún, profesándolo. Antes de llegar á este punto, trata de dar primeramente muchas explicaciones.

La primera es la de presentar á su Jesus como el primer incauto, victima y juguete de la credulidad de que eran objeto sus milagros. “Para él lo maravilloso era lo escepcional; era el estado normal.<sup>1</sup> Ninguna idea de las leyes de la naturaleza demarcaba los límites de lo imposible en su entendimiento ni en el de sus oyentes. Para él no habia sobrenatural, porque no habia naturaleza.<sup>2</sup> No tenia la menor idea de un orden natural regulado por leyes. En aquel tiempo se tenia la facultad de hacer milagros por una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres, y en que nada habia que sorprendiese.”<sup>3</sup>

Ya se comprenderá cuán insostenible es esta primera expli-

1 *Vida de Jesus*, p. 41.

2 *Ibid.*, p. 245-246.

3 *Ibid.*, p. 257.

cacion, cuando se ve precisamente en cada página del Evangelio, la sorpresa, ó mas bien, el estupor de toda la Judea en vista de las maravillas obradas por JESUCRISTO:—*STUPEBANT omnes turbæ et decibant: Numquid hic est Filius David?*<sup>1</sup> *Conturbati sunt omnes et plus magis intra se STUPEBANT.—Stupebant autem omnes in magnitudine Dei.*<sup>2</sup> —*Porro omnes MIRATI SUNT, dicentes: Qualis est hic quia venti et mare obediunt ei?*<sup>3</sup> —En cuanto al mismo Jesus, obraba estas maravillas con una serenidad divina, es cierto, “porque para él no era lo maravilloso lo escepcional, sino el estado normal.” Tiene razon M. Renan en decirlo. ¿Pero era esto asi porque “no demarcara el limite de lo imposible, ninguna idea en su entendimiento ni en el de sus oyentes?” ó mas bien porque él era el señor de estas leyes, y porque esta misma imposibilidad de relajarlas que tenia cualquiera otro que él ó á quien él no hubiera dado potestad para ello, era la gran señal de su divinidad y la condenacion de los que no la reconocian? A esto responden todos estos pasajes en que apela Jesus á sus milagros, como al gran signo de su mision. *Porque el Padre mostrará en mi obras mayores que estas, tanto que os admirareis.* Porque asi como el Padre resuscita á los muertos, asi tambien el Hijo da vida á los que quiere.<sup>4</sup> *Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no tendrían el pecado que tienen.*<sup>5</sup> Y no dice el mismo M. Renan que la curacion de los enfermos era uno de los signos del reino de Dios, de estos grandes signos de que decia el Salvador: *Id y anunciad lo que habeis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, son curados los leprosos, oyen los sordos, resucitan los muertos, y son evangelizados los pobres.*<sup>6</sup> Justicia, pues, hacer verdaderos milagros.

No era, pues, sostenible esta primera explicacion.

M. Renan arriesga otra segunda: tal es la exaltacion, la locura, la estravagancia: “Admitiriamos, sin vacilacion, dice, que han ocupado un gran lugar en la vida de Jesus, actos que actualmente se considerarian como de ilusion y de locura.<sup>7</sup> Las cosas mas bellas del mundo se han verificado en estado de ca-

1 San Mateo, XII, 24.

2 San Márcos, VI, 51.

3 San Lucas, IX, 44.

4 San Juan, V, 20.

5 San Juan, XV, 24.

6 San Lucas, VII, 27.

7 *Vida de Jesus*, p. 266.

ventura, y toda creacion eminente lleva consigo una ruptura de equilibrio, un estado violento respecto del ser de quien emana.”<sup>1</sup>

Esta segunda explicacion y la anterior se destruyen recíprocamente. Es claro, en efecto, que si era lo maravilloso para Jesus un estado *normal* y si pasaba la facultad de hacer milagros como una licencia regularmente dispensada por Dios á los hombres, y que no tenia nada que sorprendiera, no necesitaba Jesus ponerse en un estado *anormal*, ni imaginarse que tenia el poder de hacer milagros; ó que, si para creerse con este poder se veia obligado á llegar hasta la estravagancia, era por ser el milagro una cosa muy extraordinaria para él, asi como para sus oyentes. No necesito añadir que el Evangelio en que aparece el Hijo de Dios siempre con una serenidad tanto mayor, cuanto mas grandes cosas opera, no deja escusa alguna á M. Renan, de haber tenido que recurrir á esta explicacion de la locura, sobre la que volveremos á tratar mas ámpliamente.

Para evitar M. Renan este escollo, arriesga otra tercera explicacion, á saber: “que á falta de toda ciencia médica en esta época, es muchas veces un remedio decisivo la presencia de un hombre superior, que trata al enfermo con dulzura, dándole por medio de algunas señales sensibles la seguridad de su establecimiento. ¿Quién se atrevería á decir que en muchos casos, y esceptuando las lesiones enteramente caracterizadas, no equivale á los recursos de la farmacia el contacto de una persona predilecta? El solo placer de verla, sana. Una sonrisa, una esperanza, que dé, no es á veces en vano.”<sup>2</sup>

No me atreveré á decir lo contrario, pero si que esto no se parece en nada á lo que nos presenta el Evangelio, á saber: que ven los ciegos, que andan los cojos, que son curados los leprosos, que oyen los sordos y resucitan los muertos. Esto es lo que jamás hará el contacto de una persona predilecta.

Era, pues, preciso llegar á la sola y única explicacion, de la que nada puede preservar al que no dobla la rodilla ante Cristo, su impostura.

“Seria faltar al buen método histórico, dice M. Renan, decirlo á arrostrarlo todo, atender demasiado aquí á nuestras repugnancias, y para sustraernos á las objeciones que podría intentarse suscitarse contra el carácter de Jesus, suprimir hechos,

1 *Idem*, p. 453.

2 *Vida de Jesus*, p. 260.

"que á los ojos de sus contemporáneos, fueron colocados en primer término."

M. Renan, y es necesario agradecerse, porque en él es bastante raro, presenta aquí francamente la cuestión. La certidumbre de los hechos evangélicos, que la incredulidad moderna (porque la antigua la reconocía), ha negado ó eludido tan tenazmente, está averiguada. Quiero decir, que es cierto que cuantos hechos maravillosos se refieren del Salvador, se han realizado por él, y pasaron á la vista de sus contemporáneos como milagros reales.

"Sería cómodo, añade M. Renan, dirigiéndose á M. Havet y á toda su escuela, decir que estos hechos fueron añadidos por discípulos inferiores á su maestro, quienes, no pudiendo concebir su verdadera grandeza, trataron de realzarle con prestigios indignos de él. Pero los cuatro narradores de la Vida de Jesús, están unánimes en elogiar sus milagros. . . . Admitiremos, pues, sin vacilar, que tales actos que actualmente se consideran como efecto de ilusión, han tenido un gran lugar en la Vida de Jesús."

No consiste, en esto ya la cuestión. Toda ella está en saber, á qué carácter de Jesucristo, en el supuesto de no ser Dios, deben referirse sus milagros.

Ya hemos visto, que ni la esplicacion sacada de la credulidad propia de Jesús y de sus contemporáneos, sobre el estado normal del milagro; ni la inferida del estado anormal de exaltacion y de locura de Jesús; ni en fin, la deducida del contacto de su persona privilegiada, podían resolver la dificultad.

Queda, pues, la última esplicacion, única salida que tiene la incredulidad; la de que debe despreciar como impostor al que no quiere adorar como Dios.

M. Renan no vacila en cortar así la dificultad. Pero, ¡testimonio admirable de la verdad en tamaño ultraje! porque solo corta así la dificultad en Jesús, arrojándose sobre la conciencia humana, con la negacion de sus mas imprescriptibles leyes, con la apología de la impostura.

Por este medio hace reproducirse en toda su fuerza aquel invencible argumento en que vendrá á encallar toda incredulidad y que ha sido formulado por un gran crítico de esta suerte:

"En mi concepto, es necesario creer en el gran principio de los milagros, ó llegar á la consecuencia absurda, ya que no in-

"concebible, de que Cristo era un bribon y sus discípulos unos embusteros ó unos tontos, á quienes él engañó."

Este parecer es de un hombre que verificó una revolucion en la ciencia histórica, con el feliz arrojado de sus investigaciones, el célebre Nieburh.<sup>1</sup> El mismo amor á la verdad que le hizo trastornar el campo fabuloso de la mayor parte de los orígenes de la historia, le hizo reconocer la solidez inalterable de los orígenes del cristianismo, y del gran hecho de los milagros que es su primer fundamento.

Este argumento es admirable en cuanto que atrae á sí á la incredulidad de sus mil fugas, viéndose acorralada y como bloqueada en él, segun lo demuestra hoy M. Renan, cual jamás lo demostró nadie.

Y en efecto:

El mundo fisico se diferencia del mundo moral, en cuanto que las leyes del mundo fisico son constantes en sí mismas, pero no necesarias, y que en su consecuencia, es posible el milagro que las deroga: mientras que las leyes del mundo moral son, no solamente constantes, sino necesarias y absolutas é imposible toda escepcion respecto de estas leyes. La resurreccion de un muerto no implica contradiccion con el poder que ha creado la vida; al contrario; al paso que la mentira implica contradiccion con la verdad y con la conciencia. Cuanto mas nos elevamos á la Potestad que revelan las leyes de la naturaleza fisica, mas posible aparece el milagro; mas nos elevamos á la Justicia que revelan las leyes de la naturaleza moral, mas aparece como imposible su compatibilidad con la mentira. El que se juzga con mas poder para relajar las leyes físicas, Dios, es el que se concede con menos poder para relajar las leyes morales.

No es, pues, posible dudar, en el caso de tener por una parte leyes físicas y por otra leyes morales, y que sea absolutamente necesario decidirse entre la inviolabilidad de las unas y de las otras; porque en tal caso, la inviolabilidad de las leyes morales, impulsa á reconocer la derogacion de las leyes físicas: el milagro.

La creencia en el milagro descansa, por tanto, en la conciencia misma: ella la tiene por garante.

Así se verifica respecto de Jesucristo y sus milagros.

Sus milagros son posibles y son históricamente lo mas justificado que existe.

<sup>1</sup> Véase la Revista británica de diciembre de 1840.

En él es imposible la inmoralidad, siendo él mismo el ideal moral.

Sus milagros son, pues, verdaderos como él mismo, como la conciencia humana en él.

No puede evitarse esta consecuencia si no es negando la identificación de Jesús, con el ideal moral y con la conciencia humana.

Pues bien, todo el mundo en el día tributa á JESUCRISTO este homenaje.

Nuestro ideal moral nos viene del mismo JESUCRISTO, quien ha elevado la conciencia humana á una altura que jamás conoció antes de él; y es el único que la sostiene en ella. "La moral "evangélica, dice M. Renan, es la creacion mas elevada que ha "ya salido de la conciencia humana, el código mas bello de la "vida perfecta que haya trazado jamás moralista alguno."<sup>1</sup> Y Jesús permanece siendo para la humanidad, "un principio inagotable de renacimientos morales."<sup>2</sup>

Jesucristo ha llegado á ser nuestra conciencia, la cual no es solamente humana, sino *cristiana*. Y con esto ha justificado magníficamente lo que se dijo de él, que *era la luz que ilumina á todo el que viene á este mundo*; y lo que dijo de sí mismo: *Yo soy el Principio: yo soy la Verdad*.

Su moral que se autorizó en un principio con sus milagros, nos responde hoy de ello.

Rousseau trataba de esta hermosa verdad, haciendo un círculo vicioso: así decía, los milagros hacen creer en la doctrina, y la doctrina hace creer en los milagros. No hay duda, á la manera que el ave lleva sus alas, y que sus alas la llevan á ella.<sup>3</sup> Y además, no ha habido completa simultaneidad en esta

<sup>1</sup> *Vida de Jesús*, p. 84.

<sup>2</sup> *Ibid.* p. 451.

<sup>3</sup> Una sutileza análoga del ministro Claudio, hizo perder los estribos á la rectitud de Bossuet por un momento, en la célebre conferencia que produjo la conversión de Mlle. de Duras. En este momento fué cuando su hermosa alma, mas preocupada con la salvación de Mlle. Duras que con la humillación de su grande ingenio por una derrota, dijo *in petto* el famoso *Ave María* que le obtuvo, por mediación de la Madre del Verbo, esta hermosa respuesta. "No se nos tache este círculo vicioso. La Iglesia nos hace creer en la Escritura, la Escritura nos hace creer en la Iglesia. Esto es verdad de una y otra parte bajo diversos conceptos. "La Iglesia y la Escritura se han hecho de tal modo una para la otra, y "se acomodan ó ajustan tan perfectamente una á otra, que se sostienen "entre sí, como las piedras de una bóveda y de un edificio se sostienen

recíproca garantía de los milagros y de la moral de JESUCRISTO. Los milagros han comenzado atestiguando la doctrina cuando ésta parecía aún locura al judío y escándalo al gentil. La Cruz ha pasado del Calvario al Capitolio á fuerza de milagros, hasta que llegue á ser su triunfo mismo el gran milagro. Desde entonces, se manifestó mas y mas al alma regenerada la belleza moral del carácter de JESUCRISTO, y se hizo admitir de tal suerte, que en el día es ella la que sostiene la fe en los milagros que la sostuvieron en un principio.

Y en efecto, hállase tan identificada en el día esa belleza moral del carácter de JESUCRISTO con la ley moral, con la conciencia cristiana, que no se la puede negar, ni blasfemar de ella, sin negar esta ley moral, ni blasfemar de la conciencia misma.

¿Quién hubiera jamás imaginado probar esto en hipótesis, como acaba de hacerlo realmente M. Renan?

Pero M. Renan no ha pedido atacar el carácter de JESUCRISTO, sino pasando por encima de la honradez misma, si no es hollando con los pies los primeros principios de la verdad moral. Les ha hecho doblegarse, mas bien que los ha opuesto á JESUCRISTO. Ha profesado "altamente que hay muchos modos de "medir la sinceridad . . ."

Pero de esta suerte ha ido, como hemos dicho, á chocar contra la conciencia, la cual se ha revuelto y protestado contra este ultraje, devolviéndoselo. Todo el mundo lo ha reprobado, no habiéndole seguido ni M. Scherer ni el mismo M. Havet; y como ha dicho muy juiciosamente M. Sainte-Beuve: "No ha pro-"cedido en esto á satisfacción de nadie, ni aun de sí mismo."

Y no obstante, si la conciencia humana y cristiana es inviolable, el carácter de JESUCRISTO, que es su principio regenerador, lo es inevitablemente. Y si es inviolable el carácter de JESUCRISTO, si no puede aproximarse á él sospecha alguna de impostura, ha operado sus milagros en la plena verdad y sinceridad de este carácter, y son por lo tanto verdaderos

Son, pues, verdaderos los milagros evangélicos, segun la conciencia humana, y

**JESUCRISTO ES DIOS.**

Esta conclusion es tan imperiosa, que no deja otro partido á M. Scherer y á M. Havet mismo, que el de someterse á ella.

"mutuamente. Todo está lleno en la naturaleza de ejemplos semejantes. Yo llevo el baston en que me apoyo; la carne junta y cubre los "huesos que la sostienen, y todo se ayuda ó auxilia mutuamente en el "universo."

Ya he dicho, que no habiendo querido estos críticos seguir la suerte peligrosa de M. Renan, quedaban prisioneros de la verdad.

En cuanto á M. Havet, esto es difícil, porque siempre se evade su *libre pensamiento*, negando la evidencia y dispensándose de probar nada. Sin embargo, reconoce que: "Si es Juan, el "fiel compañero de Jesús, quien refirió el cuarto Evangelio, (y "esto se halla reconocido por todo el mundo, hasta por Strauss), "no hay ya que dudar que pasase en Bethania una escena como aquella, (la resurrección de Lázaro). Por tanto, ó es necesario reconocer el milagro, (cosa á que jamás podrá resolverse M. Renan), ó es necesario suponer un fraude piadoso, y "no se qué ilusión que quiso causarse á los espectadores. De "donde se deduce la singular doctrina que permite al profeta "mentir, (p. 253 de la *Vida de Jesús*), casi del mismo modo que "lo permite Platon á los gefes de los pueblos, y que supone que "en efecto mintió Jesús, alterando así una figura por otra parte tan constantemente ideal en todo el libro." <sup>1</sup> No hay, pues, ya que dudar de la resurrección de Lázaro si es San Juan el autor del cuarto Evangelio; y esto solo es cuestión para M. Havet.

En cuanto á M. Scherer, es mas explícita su sumisión. Comienza siguiendo á M. Renan en su pesada teoría de la *sinceridad de muchas medidas*, y despues de cometer esta falta voluntaria, preguntando si se debe estender esta teoría al fundador del Cristianismo, contesta perfectamente: "No vacilo en "negarlo," y aduce las razones deducidas del carácter de Jesucristo que le hacen "rechazar absolutamente," el parecer de M. Renan sobre este punto.

Pero entonces, continúa, vuelve á presentarse la cuestión de los milagros. Y para salir de ella, se arroja en una distinción trabajosamente elaborada entre los milagros grandes y los pequeños, atribuyendo estos arbitrariamente á la leyenda, y conservando aquellos como propios de la historia evangélica, y recurriendo aún, para explicarlos, á una potestad indefinida que no existe, y que se desarrollaba en otro tiempo á favor de ciertas condiciones fisiológicas, bajo el imperio de una vida religiosa intensa, en que predominaba el sentimiento sobre la reflexión, etc., etc., etc. Y todo esto para terminar rindiéndose de esta suerte: "Estamos, pues, reducidos á admitir el milagro bajo

<sup>1</sup> Revista de Ambos Mundos del 1.º de agosto de 1863, p. 525.

"la fe del testimonio histórico. No ignoro que el testimonio "es un apoyo muy débil tratándose de hechos puestos así fuera "de toda experiencia personal; por otra parte, sin embargo, son "aquí los testigos demasiado numerosos, sobrado dignos de fe, "están demasiado unánimes para que se pueda desechar su declaración por simples consideraciones *á priori*."

1. Periódico *El Tiempo* del 29 de Julio de 1863.